

GUIBERT-ELIZALDE, M., *Memoria y olvido en Nietzsche*. Herder, Barcelona, 2024.

La Dra. Guibert-Elizalde aborda en este su primer libro los principales temas del pensamiento nietzscheano: la voluntad de poder, el eterno retorno y el superhombre. La novedad y acierto está en la tesis que sostiene su investigación: la memoria y el olvido son puertas que nos abren a esos temas nucleares. Estamos ante un libro de filosofía que se propone mostrar *cómo se relacionan memoria y olvido en tanto que elementos propios de la voluntad de poder*. Para ello la autora analiza pormenorizadamente la *genealogía de la mala conciencia*¹, la cual permite ver la *evolución que sufre la memoria de la voluntad* a lo largo de su historia. Gracias al olvido, como fuerza positiva y activa, se pasa de una memoria de la voluntad nihilista a una creadora, esto es, de una voluntad primitiva y esclava a una soberana y libre. Al aludir a la *historia de la memoria* no se puede pasar por alto el *análisis nietzscheano sobre el sentido de la vida y la temporalidad*, que no culminará, a diferencia de la interpretación cristiana, en una escatología trascendente y futura, sino inmanente y autosalvífica. La memoria de la voluntad refleja, o bien, una voluntad de poder nihilista, esto es, una voluntad que descarga sus instintos contra sí, esto es, que decrece vitalmente pues está vuelta contra sí en su modo socio-político o religioso; o bien, una voluntad de poder creadora, es decir, que se autoconfigura de modo soberano y no depende más que de sí misma, pues al exteriorizar sus instintos, domina lo exterior, supera la mera autoconservación vital y se

da a sí los valores en la plenitud del instante que ha incorporado el eterno retorno.

Memoria y olvido, como dimensiones de la voluntad de poder, no se presentan finalmente como *fuerzas* antagónicas ni discontinuas, sino *complementarias, dinámicas y positivas*. La autora nos ofrece a lo largo de cinco capítulos y un epílogo una *historia de la memoria* a partir de la cual rastrear cómo se articulan esas fuerzas en el desarrollo mismo del hombre, que a través de diversas figuras se ancla en las épocas por la que pasa la voluntad de poder y su memoria: una época pre-moral, una época moral y una época extramoral. El meollo está en explicar desde dónde, cómo y por qué se configura la moralidad de las costumbres, la gestación de la mala conciencia y cómo superarla.

El *hombre primitivo* se sitúa en una *época pre-histórica de memoria inconsciente* que retiene e incorpora valores de otro. Época en la que *reina la fuerza del olvido*; en ella aún no se ha despertado la conciencia, por tanto, es una época pre-moral. El *hombre ciudadano y religioso es el propio de la época moral con una memoria consciente* que no olvida su pasado, al tiempo que asume valores fijados por otros que le violentan, pero de los que no quiere deshacerse. Finalmente, *el individuo soberano, que encarna el ideal del superhombre, manifiesta una época extramoral*, plenamente libre, pues supera la antiquísima relación acreedor-deudor, de modo que su voluntad creadora da sentido nuevo al pasado gracias al olvido, el cual nos cura de la enfermedad de lo histórico, pues el olvido trabaja al servicio de la memoria selectiva y artísticamente dejando paso a lo nuevo. El individuo soberano se autodomina, se autosalva y cumple sus

¹ (pp. 69, 88, 102)

promesas, pues en tanto que tuyas, ya no dependen de otro.

El libro que tenemos entre manos desgana filosóficamente esa *historia de la memoria*, que ilumina el proceso transformador del espíritu, y ofrece un modo nuevo de entender la temporalidad y la vida. Guibert-Elizalde parte del descubrimiento que hizo Thüning: hay una «historia de la memoria» en Nietzsche; si bien, la autora se centra en el análisis de la mala conciencia, que distingue a su vez del resentimiento².

La ciencia psicológica —que Nietzsche fisiologiza³— es ciencia moral. El hombre tiene como propio la conciencia, cuyo origen tiene que ver con la subsistencia: se trae a la conciencia lo que se siente y se piensa necesitar. La conciencia es una nota humana comunitaria, de ahí que se sirva del lenguaje, y además es moral y produce una determinada conciencia desde su origen, pues al no olvidar la relación acreedor-deudor comprende su pasado como necesidad y su futuro como deuda. Las ventajas de la sociedad van de la mano de una dolorosa deuda que no quiere olvidarse y causa dolor. Ahora bien, la voluntad de poder intencionalmente busca dominar y querer a sí misma, y se da siempre en relación a otra fuerza que domina, o bien es dominada. La mala conciencia es precisamente la voluntad de poder de los débiles en cuanto dominados⁴. Una voluntad de poder vuelta contra sí es antinatural, pues los instintos en lugar de exteriorizarse para acrecentar el dominio y la fuerza vital, son reprimidos e interiorizados: la crueldad en lugar de descargarse contra otros, se descarga contra sí. Esa autocrueldad ve su máximo apogeo en la religión judeo-cristiana, donde la deuda es para con Dios⁵. La autora muestra bien como Nietzsche transmuta la religión judeo-cristiana al comprenderla políticamente⁶ desde la relación acreedor-deudor, Estado-individuo: hasta el punto de afirmar

que en el ideal ascético religioso el motor no es la afirmación y el amor, sino la negación y el odio⁷. Nietzsche busca transmutar esos valores: *pasar de una memoria de la voluntad nihilista a una memoria de la voluntad creadora*⁸, de modo que el olvido deje de estar en suspenso y pase a trabajar al servicio de la memoria de la voluntad, para que esta quiera una y otra vez lo que ya ha querido.

La antiquísima relación de acreedor-deudor quedó fijada de modo inconsciente en la memoria de la voluntad, si bien, se torna consciente tanto en el ideal de la vida política bajo la forma de la relación Estado-individuo, como en el ideal moral ascético judeo-cristiano bajo la forma de la relación sacerdote ascético-pecador culpable. En ambas formas de relación se desencadena una suerte de violencia de la voluntad contra sí misma que Nietzsche denomina nihilista, pues atenta directamente contra la vida: ésta en lugar de crecer y garantizar su dominio y libertad, decrece y resulta esclava; pues los instintos se consideran amenazantes, por lo cual se tiranizan o se moralizan, esto es, o bien, se les violenta físicamente por el tirano para que no se exterioricen en la vida social, o bien, se les violenta espiritualmente por el sacerdote ascético en una especie de autocrueldad y resentimiento que lo único que logra es la autoconservación y, además, una venganza imaginada en forma de escatología que está por venir. En cualquier caso la voluntad de poder pierde la vida presente al estar anclada en un pasado que no olvida ni digiere bien —propio del hombre resentido⁹—, y por estar orientada hacia el futuro, es decir, una vida por venir donde se alcanza la venganza que invierte la relación esclavo-señor, dominado-dominador. Ideas fijas, éstas últimas, aprendidas en la interpretación que el sacerdote ascético hace de lo real.

Guibert-Elizalde explica cómo Nietzsche interpreta la escatología judeo-cristiana y la misma figura de Jesús en deuda con las

² (p. 21-22)

³ (p. 194)

⁴ (p. 73)

⁵ (p. 89)

⁶ (pp. 95-98)

⁷ (p. 121)

⁸ (p. 132)

⁹ (p. 191)

tesis de Overbeck¹⁰, y en contra de la figura de S. Pablo. Éste es responsable de la creación de un Cristo Redentor que queda lejos del inocente, desmoralizante e inofensivo Jesús que defiende Nietzsche. El primero es tachado de fantasía¹¹; si bien, no es la única ficción paulina, según Nietzsche. S. Pablo es el sacerdote ascético por excelencia y, por tanto, responsable de la desnaturalización de Dios, del invento de la redención en el futuro y de otra vida por llegar, de la idea culpabilizadora de pecado y quien más alienta no solo una crueldad vuelta contra sí, sino también resentida, esto es, que rumia el pasado, al tiempo que espera en una vida por llegar donde se dé la venganza: la inversión de los juicios valorativos y en la cual quien era esclavo pasa a ser señor.

El Jesús nietzscheano tampoco es real, sino algo immanente, símbolo de un estado psicológico donde el hombre se diviniza y se libera del ideal ascético con su memoria consciente culpabilizadora¹². Nietzsche despoja al cristianismo del don y del presente —concluye la autora en este punto—, y lo reinterpreta como una existencia nihilista donde la vida se hace autocrueldad. Todo ello alimenta una memoria de la voluntad, es decir, una durabilidad de fuerzas e ideas fijas que antes de interiorizar conscientemente, uno ha asimilado e incorporado de modo inconsciente. Con la consciencia llega el juicio valorativo donde se interioriza lo previamente incorporado y asimilado, pero no desde sí, sino desde otro, de ahí que se hable de una memoria consciente nihilista que se traduce en mala conciencia y resentimiento: el pasado se rumia e indigesta y lleva a la autofagocitación. Uno no domina sino que es dominado, invirtiendo así lo propio del *quantum* de fuerza que es la voluntad de poder.

¿Cómo se librará la voluntad de poder de todo ese nihilismo amenazante? Haciendo uso de la memoria y del olvido. Si la primera en tanto que duración retiene ideas fijas y juicios de valor; el olvido, por su parte, es

una fuerza dinámica y positiva que viene a ser el límite sobre qué ha de ser retenido, y sobre todo qué hacer con los fragmentos del pasado. Si todo el pasado fuera retenido no habría espacio para lo nuevo, luego la memoria ha de pasar de un no-querer-deshacerse pasivo¹³, donde el olvido queda en suspenso, a un no-querer-deshacerse activo, esto es, a dotar de novedad y sentido propio a los fragmentos del pasado seleccionados y no esperar en futuro alguno, sino en que acontezca lo que está por llegar: el superhombre, que quiere una y otra vez lo que ya ha querido¹⁴.

El superhombre anuncia una época extramoral, esto es, ese estado donde se logra una autosalvación immanente por autodomínio, de modo que liberado de la antiquísima relación de acreedor-deudor, no se depende más que de sí mismo y se asume el eterno retorno, ese pensamiento abismal derivado de la actitud de Zarathustra que evoca lo que está por llegar, no como futuro sino como transformación del espíritu: ese pensamiento abismal que anuncia la muerte de Dios¹⁵. El individuo soberano está liberado de todo fin y relación tanto sociopolítica como religiosa, porque se ha constituido desde una voluntad creadora que no carga con el pasado, ni lo rumia, ni lo incorpora indigestamente de modo consciente, sino que lo reordena otorgándole un sentido nuevo, de modo que el superhombre no depende de acreedor alguno, ni de la interpretación moral del sacerdote ascético ni de la interpretación política de un tirano, sino tan solo de sí, alcanzando una libertad auténtica que le permita prometer y cumplir sus promesas con responsabilidad, porque al asumir el eterno retorno la temporalidad no tiene pasado ni futuro que quede fuera de su poder, sino que lo que quiere, quiso y querrá se constituye en una eternidad que se reproduce en el instante presente y en todas las combinaciones posibles de instantes.

¹⁰ (pp. 135-7)

¹¹ (p. 143)

¹² (pp. 150-1)

¹³ (p. 132)

¹⁴ (p. 176)

¹⁵ (p. 165)

Nietzsche quiere crear algo nuevo y felicitario. La voluntad no es una facultad, es la fuerza que hay en un mundo finito, entendido a su vez como centros de fuerzas que pugnan por crecer y dominar. La voluntad no tiene interiormente todo lo que necesita, sino que ha de asimilar lo externo, pero no de modo inconsciente ni por imposición violenta de otro, sino creativa y libremente desde sí, tras hacer memoria de su propia historia, y usando activamente del olvido. Solo hay instantes que la voluntad reconfigura hasta llegar a una plena y consciente afirmación del sentido que el individuo soberano le otorga¹⁶: el pasado ya no pesa, porque se recrea; y el futuro no ofrece fin alguno a realizar. Cada instante tiene su propio peso¹⁷.

Nietzsche aspira a que el hombre inferior, débil y resentido deje paso al superior; esto es, soberano, responsable y dueño de sí, liberado de sus esclavitudes y enfermedades morales. El ideal del superhombre alcanza la alianza definitiva: una especie de matrimonio entre la voluntad de poder y la vida¹⁸.

El libro está escrito con claridad. La autora argumenta recogiendo en ocasiones lo expuesto, pero ahondando en su significado. Las tesis se exponen dejando hablar a los textos de Nietzsche. Se señalan las influencias de corrientes de la época y, también, las diferencias de la autora respecto a quienes antes han tratado de la memoria de la voluntad en Nietzsche. El texto que publica Herder muestra la honda capacidad investigadora de Guibert-Elizalde. – Raquel Lázaro-Cantero

VILLAR, A., *Blaise Pascal: pensar sin límites*. Universidad Pontificia de Comillas, Madrid, 2024, 346 pp.

Tras una fructífera vida académica consagrada en gran medida a Blaise Pascal, Alicia Villar publica en 2024 un compendio de sus estudios sobre el autor que tantas

lecturas e interpretaciones ha suscitado desde la modernidad hasta nuestros días. Si bien se dice que «hay tantos Pascales como hombres que al leerle le sienten y no se limitan a comprenderle»¹, el gran logro de la autora en la presente obra es, sin duda, la coherente exposición de un Pascal integrado, reconstruido. Son sabidas y recordadas por Villar las dificultades que siempre han planteado los *Pensamientos*: su carácter fragmentario e inacabado, el enigma del orden que habría de tener finalmente, el carácter paradójico y de gran profundidad de la temática, la carga significativa de conceptos fundamentales de la obra y lo disruptivo de la figura de Pascal en el panorama de la Modernidad. Pese a todo ello, que no hacen de Pascal sino un autor fascinante, el lector encontrará en la obra de Villar un auténtico mapa tanto temático como vital del apologeta.

La obra se divide fundamentalmente en dos bloques con enfoques distintos, que evocan siempre al mismo Pascal, pues la autora se encarga de cuidar el perfil que traza del francés en cada una de las secciones, sin caer en los reduccionismos y extremos que históricamente se le han atribuido.

El primer bloque ofrece una contextualización tanto biográfica como histórica de Pascal. Se aclaran las cuestiones indispensables para comprender tanto las fuentes de las que bebe el autor, como sus preocupaciones vitales intrínsecamente relacionadas con su obra. Destaca así la genialidad de Pascal como científico desde su infancia, que llamó la atención de Descartes y le hizo tomar postura respecto a los distintos métodos para los distintos modos de saber. Se detalla la polémica jansenista en la que se vio envuelto y su defensa de Port Royal a mediados de Siglo XVII, analizando cronológicamente las diecinueve cartas que un elocuente y valiente Pascal dirigía en último término a los jesuitas, sobre problemas relacionados con la moral mínima y casuística, la cuestión agustiniana de la gracia y la crítica a la falsa teología.

¹⁶ (p. 209)

¹⁷ (p. 171)

¹⁸ (p. 230)

¹ UNAMUNO, M. (1969). *Obras completas*. Escelcier, Madrid, p. 344.